

Pequeñas mentiras sin importancia (Guillaume Canet, Francia, 2010)

Por Jaime Menchén

El popular actor francés **Guillaume Canet**, presente en filmes como *La playa* (**Danny Boyle**, 2000) o *Juntos, nada más* (**Claude Berri**, 2007), afianza su carrera como realizador con su tercera película, *Pequeñas mentiras sin importancia*, con la que ha conseguido atraer a más de cinco millones de espectadores a las salas de cine de su país.

Apoyado en un guión escrito por él mismo, Canet narra la reunión de un grupo de amigos durante las vacaciones en una casa en la playa. Salvo el propietario de la vivienda, Max (**François Cluzot**), el mayor del grupo, casado con Veronique (**Valérie Bonneton**), el resto son treintañeros bastante inestables en el terreno emocional.

El filme adopta una fórmula iniciada con *Reencuentro* (**Lawrence Kasdan**, 1983) y asentada en *Los amigos de Peter* (**Kenneth Branagh**, 1992), que cuenta con señas de identidad bien reconocibles: mezcla de elementos cómicos y dramáticos, un buen elenco de actores que da solidez a los personajes y una banda sonora trufada de canciones conocidas que animan la narración en momentos clave. Si a ello se une el componente generacional, se tienen los factores del éxito.

En este caso, tratándose de una película francesa, se añade la presencia de un nombre internacional, el de **Marion Cotillard**, ganadora del Oscar a la mejor actriz por su actuación en *La vida en rosa* (**Olivier Dahan**, 2007), y a la que pudimos ver en éxitos recientes como *Origen* (**Christopher Nolan**, 2010).

Que todo esté perfectamente calculado dentro de la fórmula (incluidas canciones trilladas de **Antony & The Johnsons** y **Damien Rice**) no sería negativo si no fallara lo más básico: el guión, la construcción de personajes y situaciones.

Aunque los actores logran momentos divertidos (especialmente a partir de la complicidad entre François Cluzot y **Benoît Magimel**) y hay alguna secuencia dramática de cierta entidad (casi siempre gracias a las actuaciones), Guillaume Canet se muestra errático y superficial a la hora de hacer avanzar la trama e ir desvelando los conflictos en el grupo de amigos.

Los 147 minutos de metraje resultan excesivos, insistiendo una y otra vez sobre los mismos asuntos, sin presentar apenas aspectos que hagan más humanos o cercanos a los personajes, más allá de las capacidades de cada actor por encima de su papel.

Al final, la mayor virtud del realizador es que logra mantener el interés del espectador pese el largo metraje y la acumulación de tópicos, aunque ello sea a costa de sacrificar cualquier atisbo de profundidad.